

DIARIO DE UN EMIGRANTE

El verdadero protagonista de mis "Diarios" es la palabra
Miguel Delibes

Lola Irún

Diario de un emigrante, de Miguel Delibes, se publica en 1958. Comienza un 24 de enero, comprende un año en la vida de su protagonista, y termina un 28 de enero cuando Lorenzo y Anita vuelan a Buenos Aires en su viaje de regreso a España. El argumento gira en torno a una joven pareja vallisoletana de veinteañeros, recién casados y que esperan su primer hijo. Tienen dificultades para llegar a fin de mes y aspiran a una vida mejor lejos de la vida autárquica y gris de la España de los sesenta. Anita recibe una carta de su tío Egidio que vive en Santiago de Chile, los anima a hacer las Américas y les paga el pasaje del barco.

La génesis de *Diario de un emigrante* tuvo mucho que ver con el viaje que Delibes hizo a la capital chilena en la primavera de 1955, invitado por el Círculo de Periodistas de la ciudad. Los dos meses que pasó en el país andino fueron productivos para el escritor: un libro de viajes - *Un novelista descubre América (Chile en el ojo ajeno)*- y la novela que hoy analizamos *Diario de un emigrante*, surgieron de esta experiencia personal. El propio Delibes relató como había nacido el libro: "*Diario de un cazador* salía el mismo día que yo cogía el avión para Chile. Me llevaron el primer ejemplar al aeropuerto. De manera que mi lectura del *Diario de un cazador* durante la travesía me dejó tan reciente la conciencia de Lorenzo que, cuando me enfrenté con Sudamérica, lo vi todo a través de los ojos del cazador. Era ya una especie de obsesión llegar a Río de Janeiro y pensar qué diría Lorenzo de esta ciudad, de este "traumatismo", qué diría Lorenzo de este campo, qué diría Lorenzo de estas perdices. De manera que lo del emigrante vino rodado."

Delibes quería que Lorenzo hablara por sí mismo y por eso escribió una novela confidencial narrada, un diario. Fue un gran acierto hacer coincidir narrador y protagonista. También la estructura abierta, sin predominio de la trama, sin un comienzo y un final marcados, potencian la expresividad de la narración. El diario en primera persona permite conocer lo que cuenta el personaje pero, sobre todo, el modo de contarlo. El cazador de manera espontánea pero más reflexivo que en su primer diario, escribe cada día lo que hace, lo que siente. La escritura le ordena sus ideas y pensamientos. Pone una distancia íntima con los demás y deja constancia no solo de las acciones, sino también de los sentimientos, reflexiones y conclusiones que su vida de emigrante le va deparando.

El *Diario de un emigrante*, presenta algunas particularidades respecto a las novelas anteriores. Se trata de la única ocasión en que Delibes abandona Castilla para situar la acción de una novela. Este diario es la continuación del, *Diario de un cazador*, hasta el punto de que ambas novelas podrían ser consideradas como una sola.

Lorenzo, es un bedel de un instituto, de escasa formación cultural y apasionado por la caza. Ha tomado la decisión de ir a América para hacerse rico y volver como un triunfador. Pide una excedencia en su trabajo y empiezan los preparativos del viaje y las despedidas. Unas páginas de ilusiones y sueños. Comienza el viaje de lujo en el *Miguel Ángel*, el barco que hace el trayecto Barcelona-Río de Janeiro con escala en La Sal, a quinientos kilómetros de Dakar. Esta travesía relata lo exótico, lo desconocido, la población africana: “bandadas de negritos de calzón corto y flexibles negritas con faldas chillonas y turbante a la cabeza salen al encuentro del avión”. El viaje en el diario de Lorenzo es un discurso emotivo y de asombro por las vivencias, distracciones y amistades. Experiencias nuevas y apasionantes para Lorenzo y Anita.

La estancia en Chile es la crónica de un fracaso intuido por Lorenzo desde el momento en que llega a la ciudad. El contraste entre lo imaginado y la realidad deriva en desengaño. A las dificultades en el trabajo, en lo económico, se aúna la profunda nostalgia de la tierra, la familia, los amigos, la caza, y las ganas de que su hijo crezca con las costumbres de España. La inadaptación determina el deseo de regresar.

La novela crea un magnífico juego de paralelismos y simetrías entre el principio y el final de la obra: entre el deseo de emigrar y el deseo de volver a casa.

Lorenzo escribe las pequeñas anécdotas de su vida cotidiana. Los temas se repiten con escasas variantes: el trabajo, la dificultad de emprender un negocio, la relación con Anita, su mujer, los tíos, la insistencia de la tía en seducirlo, las noches sin dormir, los amigos, las salidas al campo para cazar; la fascinación por el paisaje andino, y algunas notas sobre el tiempo. El tema de la nostalgia, común a todos los emigrantes, el recuerdo de la familia, de los amigos y las dificultades para adaptarse a la nueva realidad ocupan muchas de las páginas de la novela. La evocación de las zarzuelas, las noticias de *Lola Flores*, *Ava*

Gadner, y especialmente la canción de *El emigrante* escuchadas en la radio, agudizan la nostalgia del personaje. La radio y las cartas de los padres y del amigo cazador, Melencio, son el único contacto con España.

El tema de la caza está muy presente en la obra y en la vida de Delibes: “antes que un escritor que caza soy un cazador que escribe; es decir, mis libros salen de mis contactos con el campo y no a la inversa, de donde se deduce que yo salgo al monte a cazar perdices y, de rechazo, cazo también algún libro. El presente libro es, pues, mi morral literario hasta la fecha”.

Hablar de la caza implica a su vez referirse a la tierra, el paisaje, la pasión.

Francisco Umbral, gran conocedor de la obra de Delibes, lo expresaría como la unidad entre el personaje, el conflicto y la tierra. Elementos muy presentes en el *Diario de un emigrante*. Lorenzo que como el mismo dice “es un culillo de mal asiento” espera la llegada de los domingos para ir a cazar porque quiere pisar los caminos de tierra, comparar los árboles de la cordillera con los suyos, sentir la naturaleza. La caza le ayuda a sobrellevar la vida: “Yo no seré un gili, pero a mi la vida me duele y, a ratos, pienso que si yo voy a cazar es para olvidarme del dolor de la vida, pues cazando parece como si uno espabilase de ese dolor y se lo metiese, con los perdigones, a las liebres y las perdices por el culo”.

Lorenzo escribe con las palabras que conoce y una sintaxis parecida a la lengua hablada. Y el lector, queda atrapado en cómo lo cuenta. El personaje, a medio camino entre el campo y la ciudad, es un hombre de pueblo y su habla tiene rasgos populares. Por su trabajo en un instituto, tiene una cierta cultura mal asimilada, de la que se siente orgulloso. En sus diarios escribe en español coloquial. Usa modismos, frases hechas, refranes, muletillas al principio y el final de las frases. Prima la emoción por encima de lo referencial.

El Diario de un emigrante, desde el punto de vista lingüístico, tiene un interés singular respecto el *Diario de un cazador*, el contacto del protagonista con el habla chilena. Lorenzo, cuando llega a Chile, rechaza la forma de hablar de los chilenos: la entonación desconocida, el “voseo”, se ríe de ellos, le irritan sus palabras “cabros, candongo”, sus expresiones “dejémoslo no más”, se enfada porque considera que maltratan el español. Escucha su lengua en la radio con nostalgia: “Va para tres meses que no oigo hablar español como Dios manda”, pero al final, él mismo incorpora los chilenismos a su escritura. La evolución lingüística que el personaje hace en la novela es algo extraordinario. Refleja la experiencia que el Delibes viajero transmitió a su protagonista. Lo dice el escritor en 1965: “Fue para mi una experiencia inolvidable el contacto con el habla chilena, los sabrosísimos modismos, la riqueza del léxico popular del país. Así que el hombre tronzado fuese “un hombre que estaba para las cagas” o que un golpe de fortuna pudiera traducirse como “encontrar a la Virgen en un trapito” eran hallazgos que me encantaban y que, mentalmente, incorporaba al lenguaje de mi bedel cazador”.

Cuando el *Diario de un emigrante* se publicó hubo entre la crítica diversidad sobre la lengua del personaje. Si para unos, fue un gran acierto que Lorenzo hablara como un hombre de la calle; otros consideraron excesivos los vocablos, frases hechas, locuciones adverbiales “timos”, modismos, muletillas. No entendieron que era necesario ese lenguaje para narrar como dice Delibes: “los entresijos del protagonista, para mostrar desde dentro su forma de ser y de sentir”.

Lorenzo tiene la autoestima alta. Un personaje sencillo, ingenuo, espontáneo, que cree valer más que los otros. Las anotaciones sobre su orgullo, dignidad, capacidad, honradez, nobleza, se multiplican en la novela. Una actitud defensiva de una clase social humillada, que se revaloriza recurriendo a tópicos establecidos.

Su orgullo queda especialmente herido cuando constata que su mujer no solo gana más dinero, sino que también tiene más talento para emprender un negocio, mientras él ha fracasado. Detrás de sus palabras late la idea de que el hombre no es hombre si no mantiene a su mujer. La misma visión que la sociedad y la religión tenían del papel de la mujer en la España de los años sesenta. El ama de casa, el ángel del hogar que espera al marido cuando viene del trabajo y le pone las zapatillas, según la Sección femenina. El orgullo y la dignidad de Lorenzo encubren el carácter del macho ibérico. Cede si la actividad de Anita como peluquera es un pasatiempo, pero si gana más que él, no puede soportarlo. Tampoco tolera que pueda despertar las miradas de otros hombres en el salón de limpiabotas. Se ofende, y a pesar de que el negocio va mejor cuando ella está, la aparta del salón. Las lamentaciones sobre que las mujeres ya no son lo que eran, se inscriben en el carácter hispánico que se resiste a perder privilegios ancestrales. Las lindezas sobre posibles tortazos a su mujer –que no se consuman- por no hacer lo que él dice o la añoranza de la sumisión de su madre, cuando preparaba los arreos de la caza para su padre, impregnan el diario.

El cazador, que teme volver como un fracasado, evoluciona como personaje. Los lectores percibimos que esa falta de éxito económico queda compensada por los cambios que la experiencia le ha producido. El viaje es una búsqueda. Y si bien no se ha logrado el Potosí, Eldorado, el emigrante ha comprendido que quizás el fracaso ya venía de origen con la idealización de lograr una fortuna fácil. Porque como dicen diversos personajes en la novela “En ninguna parte pagan por dormir”. Y la distancia le ha servido para valorar la realidad de las cosas sencillas y el valor principal de los afectos: “Uno quiere de todo, más cuartos y más perdices y más liebres y luego resulta que no es la plata ni las perdices ni las liebres lo que interesan, sino esto, o sea, el corazón y el afecto de verdad”.

Lorenzo, a pesar de su penosa visión de la mujer, descubre otras cosas a través de su escritura. Desvela que Anita, además de bella, elegante y

madre solvente, es más capaz que él a la hora de prosperar en el trabajo y aportar dinero a la familia. Y que en lo personal tiene coraje cuando se encara ante la actitud “cachondona” y fuera de lugar de la tía. Como si Delibes, nos mostrara en el personaje de Lorenzo, la contradicción entre el papel atribuido a la mujer y su potencia real. Y con el personaje de Anita, y su espejo en el diario de Lorenzo, enmendara la plana a la sociedad pacata de la época.

La prosa de Delibes vinculó la denuncia social a la estética. Si en los periódicos muchas veces no le dejaron hablar. Para fortuna de los lectores, nunca calló en sus novelas.

Este año, con motivo del centenario de su nacimiento 2020, en la Biblioteca Nacional de España se ha inaugurado la Exposición Delibes, que muestra la trayectoria vital de Miguel Delibes y su universo literario. En la exposición se pueden ver más de doscientas cincuenta piezas, entre las que destacan los manuscritos originales de las principales obras del autor.

El comisario de la exposición, el periodista y escritor Jesús Marchamalo, tras pasear por la exposición, dijo haber escuchado en el silencio de la sala: “Fue el escritor cuya manera de ser más se pareció a su sintaxis”.

Delibes, el hombre que en su cabaña de Sedano, escuchaba el silencio.